

Encuentro Nacional de Representantes Diocesano ante el CCyAS

8-11 de febrero de 2010 (Sede CEM – Lago de Guadalupe)

Vamos y hagamos lo mismo

Lc 10,25-37

P. Toribio Tapia Bahena

Diócesis de Cd. Lázaro Cárdenas

Dimensión para la Animación Bíblica de la Vida Pastoral (CEPP – CEM)

1. Lectura

Pongamos atención al diálogo entre el legista y Jesús. ¿En dónde está el énfasis de la pregunta del legista en el qué o en el cómo? ¿Sobre qué pregunta? ¿Esta pregunta está de alguna manera en relación con la respuesta de Jesús en el v. 28? Sospechemos un poco desde la economía o la administración correcta del lenguaje ¿podrían las características del amor a Dios (“con todo tu corazón, con toda tu alma...”) aplicarse también al prójimo como a uno mismo?

Pasemos ahora a lo que es propiamente la parábola (vv. 29-37). ¿Qué indicación proporciona el narrador para que el lector sospeche que la pregunta no viene con buenas intenciones? ¿Qué pregunta? Recordemos que había preguntado *sobre el qué*, ahora lo hace *sobre quién es su prójimo*.

¿Quién bajaba de Jerusalén a Jericó? ¿Quiénes otros van a hacer la misma ruta? (vv. 31-32) De acuerdo a lo que dice el texto en el v. 33 ¿Podría suponerse la misma ruta para el samaritano? ¿Por qué?

¿En manos de quienes cayó el hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó? ¿Qué le hicieron? ¿cómo lo dejaron?

Pongamos también atención en los personajes ¿Quiénes de los personajes que aparecen ahí pueden ser identificados con cierto detalle? ¿Podría tener el mismo significado la parábola si el narrador hubiera identificado con detalle al hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó?

Comparemos las acciones del sacerdote y el levita con las del samaritano: ¿Por qué bajaba por aquel camino el sacerdote? ¿Y el levita? ¿Qué hicieron ambos? En el caso del samaritano ¿también bajaba por casualidad? ¿Qué indicación da el narrador? Señalemos el itinerario de sus acciones (son entre 9 y 10 acciones determinantes).

Una cosa es el tiempo en que se pueda leer un texto y otra el tiempo real que tuvo que pasar para que se realizaran aquellas acciones. Las acciones del samaritano pueden leerse en menos de 15 segundos; sin embargo ¿cuánto tiempo supone el narrador que estuvo con aquella persona? (vv. 33-35).



Recordemos la pregunta que le había hecho el legista a Jesús en el v. 29 ¿Cuál era? Ahora en el v. 36 ¿qué pregunta Jesús? ¿Qué hubiera tenido que responder el legista? ¿De qué manera responde? Si leemos del mismo evangelio de Lucas las siguientes citas: 1,50. 54. 58. 72. 78 nos damos cuenta que el único que tiene misericordia (en griego *eleos*) es Dios ¿No podríamos imaginar una especie de recurso retórico que deja claro que, efectivamente aquel legista evita nombrar al samaritano pero termina diciendo que aquel hombre tuvo una actitud que sólo tiene Dios?

Volvamos al samaritano ¿qué sentimiento tuvo cuando vio a aquel hombre caído? v. 33. Si rastreamos en el evangelio el verbo compadecerse (en griego *splagnizomai*) nos damos cuenta, aparte de esta cita, sólo aparece en 7,13 y 15,20 atribuidos al Señor cuando se compadece de la viuda y al padre ante el hijo que vuelve. Y lo más sorprendente en los tres casos es que siempre tiene antes la acción de ver.

Ya leímos el texto con mucha atención, con fe e inteligentemente. Ahora retomemos algunos elementos adicionales que probablemente nos ayuden a profundizar mejor.

El trasfondo de la parábola es la pregunta del legista sobre lo que hay que hacer para heredar la vida eterna. La pregunta del legista no sólo es legítima y correcta; además es fundamental. Él no pregunta por lo que tiene que hacer para ir al cielo; se cuestiona sobre lo que debe hacer para vivir con sentido¹. De ahí que Jesús mismo diga que si ama a Dios, al prójimo y a sí mismo, vivirá (v. 28). Al leer el evangelio con atención nos damos cuenta que el legista pregunta por algo que ya sabía; y lo sabía con cierta precisión. Sin embargo, es insuficiente la precisión pues al final Jesús no le preguntará si ha entendido correctamente sino sobre quién tuvo misericordia y le pedirá que haga lo mismo. Quizás el evangelio esté precisando que el experto en religión no es el que sabe sino el que practica al Dios de Jesús. De ahí que lo que va queriendo aclarar el evangelio es qué tipo de acción le da sentido a la vida. En el fondo la pregunta que quiere resolver este evangelio es *qué debemos hacer* para vivir con sentido.

Pero si se quiere vivir con sentido la aclaración inmediata es quién es el prójimo. El legista una vez más pregunta por una cosa que ya sabía. Para la mayoría de los judíos prójimo era el “próximo”, el de su grupo religioso, el de su etnia, el judío. Se podía despreciar o maltratar a un extranjero y no necesariamente atentar contra este mandamiento. En ciertos círculos judíos del tiempo de Jesús excluían del círculo de prójimos a extranjeros, samaritanos o residentes en Israel que, tras un año de convivencia, no se hubieran convertido al judaísmo. Incluso los fariseos no consideraban prójimos a la gente del pueblo; o los esenios a los que hijos de las tinieblas. Además, las necesidades de los demás estaban supeditadas a la búsqueda de pureza; por eso, en realidad el sacerdote y el levita hicieron lo legalmente correcto: no se detuvieron porque hubieran quedado

¹ Entender la vida eterna como la vida en el cielo probablemente es un anacronismo; lo más seguro es que signifique “la vida que no acaba”. El significado inmediato del adjetivo “eterno/a” no es el cielo sino infinitud.

impuros pues aquel hombre parecía muerto. Sin embargo, el evangelio modifica este concepto de prójimo: prójimo no es primeramente el próximo sino el necesitado. Más aún, prójimo puede ser cualquiera; de ahí que el único personaje que es presentado de manera anónima sea el asaltado y medio muerto². Pareciera que Lucas quiere dejar claro también que prójimo no es el que uno busca sino el necesitado que sale al encuentro. No es mera coincidencia que cuando se hable del sacerdote y del levita se diga que casualmente bajaba por el mismo camino (vv. 31. 32); aquel hombre caído no entraba en sus planes; tampoco en el del samaritano pero este modificó su itinerario, su tiempo y sus recursos para poder acercarse a quien lo necesitaba.

Pero el evangelio va más allá todavía, pareciera que desea presentar un itinerario para la misericordia. No es casualidad que las tres ocasiones en que Lucas habla de la misericordia la relacione con el verbo *ver* (7,13; 10,33; 15,20). La misericordia, es decir, la compasión hasta las entrañas (en griego *spagnizomai*) a causa del sufrimiento de otro, tiene detrás una buena vista³; ver –no divisar- implica la cercanía. Por eso, la misericordia más que una acción es una reacción; la acción generalmente es cuando uno percibe, puede y quiere. La reacción va más allá: es ante lo otros están necesitando, pide más de que pensábamos que podíamos y hasta cosas que en otro momento no hubiéramos querido realizar.

Por eso la pregunta con la que cierra el evangelio no es *quién es mi prójimo* sino *quién se comportó como prójimo* (v. 36). Es casi seguro que el auditorio de Jesús haya esperado que después del sacerdote y el levita se mencionara uno del pueblo pues hay muchos textos en el Antiguo Testamento que presentan esta triada y era muy común mencionarlos en ese orden. Sin embargo, Jesús los sorprende mencionando a un samaritano. De ahí que cuando Jesús le pregunta al legista sobre quién fue prójimo el legista evita mencionar al samaritano por su nombre; hubiera preferido decir, “hereje” o “perro”. Pero termina mencionándolo diciendo: “el que practicó la compasión con él” ¡cayó en la trampa! Lucas sólo utiliza estos términos para referirse al comportamiento de Dios. Al final, hace una catequesis finísima para dar a entender que el que practica la misericordia, sea quien sea, se asemeja a Dios, se comporta como el mismo Dios lo hubiera hecho.

Y el final: “vete y haz tu lo mismo” (v. 37) podría mal entenderse si no se recuerda lo que hizo el samaritano. Se es prójimo no sólo si se ayuda a otro sino si se hace de este manera. De ahí que no cualquier ayuda nos asemeja a Dios; sólo la que tiene estas características y otras que desarrollará posteriormente el evangelio. Por eso, quizás tengan razón quienes dicen que para practicar la compasión no sólo hay que tener buen corazón sino también rodillas flexibles para inclinarse permanentemente.

(Los pasos siguientes en power point)

² Y es que para Lucas, que acostumbra jugar con personajes anónimos, el necesitado puede ser cualquiera; no dice si era bueno o malo, judío o extranjero... Sólo era alguien necesitado.

³ O un buen oído como en Ex 3,23-25.